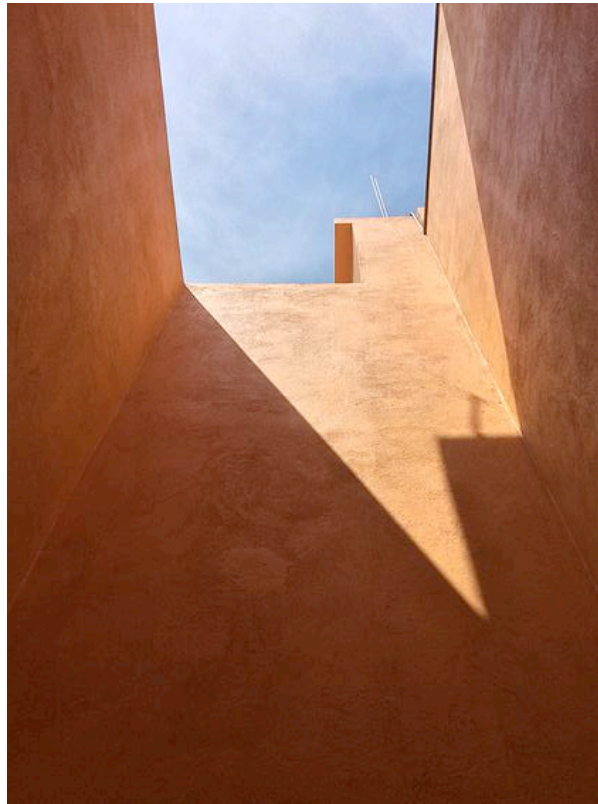


BENJAMÍN

Luis Enrique Aguirre



BENJAMÍN

Luis Enrique Aguirre

Maquillaje beat, productions.®

Maquillaje beat, ediciones. ®

©*Benjamín*
2015 por Luis Enrique Aguirre

Fotografía de portada:

© *Hopperiana*
2015 por Luis Enrique Aguirre

***Benjamín* se escribió con el apoyo de la beca en poesía de la Fundación para las Letras Mexicanas durante el período 2010-2012.**

Digitalizado y publicado en México, 2015.

BENJAMÍN

ÍNDICE

JUEGOS INFANTILES.....	8
JUEGOS FAMILIARES.....	29

*Ella se estaba muriendo,
y en sus últimos suspiros
alcanzó a llamar a su hijo Benoní,
pero Jacob, su padre,
le puso por nombre Benjamín.*

Génesis 35:18

*Un hombre, viejo y loco se trepa todavía a su fantasma
y es el fantasma de mis padres que trepa por la lluvia.*

Dylan Thomas

*Soy Benjamín, el último hijo.
No puedo hablar, a pesar
de aprenderlo alguna vez.*

*Una vez,
con un grito,
lastimé
las cuerdas de mi garganta.*

*Cuando siento que la voz me acecha,
antes del próximo grito,
escribo.*

JUEGOS INFANTILES

*Un viejecillo dice,
para su capa vieja:
“¡El sol, esta hermosura
de soll...” Los niños juegan.*

Antonio Machado

A LAS ESCONDIDAS

Un dos tres por mi mano izquierda,
enredadera que crece bajo su falda
y levanta un dedo y la acaricia.

Un dos tres por las piernas de Lulú,
cercadas, abiertas.

Un dos tres por la voz del tío Enrique
que nos ha encontrado
y no dirá nada a nadie
porque los mayores callan
cuando la verdad se toca.

ENTRE COMPADRES

Cuando la borrachera termina y todos duermen
mi tío entra al cuarto de mi hermana.

Ansiosa,
como una adolescente que se pinta una línea de rímel,
su mano busca la entrepierna
de su sobrina de once años.

Mi padre se la ha entregado
como símbolo de su amor de hombres,
de machos impenetrables.

TÍOS

Domingo:

los adultos contra la resaca,
encerrados.

Fútbol en la televisión,
comida chatarra, servilletas,
refresco, manchas en el suelo
y ceniceros como volcanes.

Recorro la casa,

hambriento de una sola cosa:

los gemidos de mis tías aún
se escuchan en las puertas de los cuartos.

PRIMA

Adentro,
te pones la falda blanca de mi madre
y susurras lo mucho que me quieres.
Escoges el color de las medias,
la altura de los tacones, el labial más rojo.

Abres la puerta del clóset y me besas,
preguntas cómo te ves
mientras acaricias la camisa de mi padre que me pusiste.
Tu hermano disfrazado de sacerdote nos espera
atrás de un altar hecho con cajas de zapatos.

CUARTO PATERNO

Me pinto un bigote debajo de la nariz.
Pruebo las colonias, los pantalones.
Boleo sus zapatos, limpio su corbata.
La camisa que le gusta a mi madre
se ve mejor en mi pecho.

PRIMO

Me enseñaste a jugar con plastilina
sobre tablas de madera,
crear animales y muñecos.
Me defendiste en los juegos de futbol.
Me dijiste el secreto
para sacar monedas de la máquina de dulces.

Ahora,
me dices cómo jalar el humo del cigarro
y me convidas de la cerveza que robaste.
Hablas de nuestra prima Esther,
de lo que sientes al tocar sus senos.
Despegas de tu cartera
recortes de mujeres desnudas
y me regalas la que más te gusta.
Esther grita tu nombre,
te levantas y caminas hacia su cuarto.

CATORCE AÑOS

Mis manos de hombre tocan mis piernas de mujer.

El jabón las vuelve suaves, delicadas.

En la obscuridad aparece Sofía,

mi compañera de la escuela,

recorro su falda a cuadros

hasta la orilla de sus muslos.

Me acerco: el vapor huele a ella,

al sudor perfumado de su blusa,

la desabotono.

Cada gota sobre mi oído

es un gemido de Sofía.

Mi mano es su boca.

Abro los ojos:

mi hermano golpea la puerta, apurándome,

el baño

es un cuarto de juegos compartido.

TOCADOR DE UN HOMBRE

Aprendo a ponerme las medias.

Huelo el labial, el maquillaje.

Elijo un vestido, un espejo.

Soy la mujer que deseo.

BOTARGAS

Detrás del vestido de Blancanieves,
hay un cuerpo castigado
por las patadas de un padre iracundo.
También hay una madre soltera que llora.

Detrás del traje del Hombre Araña,
hay músculos por los que corre
la sangre abandonada de la infancia.
También hay un divorciado que fuma.

EL SOLITARIO DEL PARQUE

El columpio recibe a la niña
con su pintura vieja
y la retiene celosamente.

La niña sube y baja
con la fuerza de sus piernas.
Maquillada por el aire
sucede el encanto:

la risa de un hombre que,
de frente a ella,
no deja de mirarla.

En su rostro de niña
se traza el atardecer,

sus dientes son nubes,
su piel un cielo estrellado.

El hombre es una madrugada
que la espera.

BICICLETA

I

El viento no conoce la voz de mi padre.
Los pedales no saben de mi inmovilidad.
El manubrio desconoce mi torpeza.
Aquí arriba soy otro: hábil, seguro.
Elijo caminos, ritmo.

Un día tomaré la bici y me iré lejos,
a un lugar donde la casa de mis padres
no sea un recuerdo, siquiera.

II

Pendiente abajo:
ojos cerrados,
brazos abiertos,
no pasa un auto,
no hay piedras
que me tumben,
no pasan
los regaños
de mi padre.

III

Sólo una vez fui derrotado pendiente abajo:
la piedra del recuerdo de mi padre
decepcionado de mí
me hizo perder el control y caer.
Dientes despostillados, raspones,
rodilla abierta.
Lloré, vencido,
mientras la rueda trasera
giraba, giraba.

CUARTO MATRIMONIAL

Mi madre pensó en mí:
tapó mis ojos con la sábana.
A mi padre le daba lo mismo.
Gimieron, no se agitaron,
fue breve.

Esa madrugada, a los seis años,
aprendí a mirar con los oídos,
supe la importancia de las habitaciones,
del silencio.

ZONA DE GUERRA

Mi hermano y mi padre discuten
junto a mis soldados de juguete.
Atrincherado en el juego,
imito los insultos de arriba
en voz de mis muñecos.
Con sus brazos no armados
más que con la ira de sus venas,
mi hermano se lanza
al enemigo que le heredó la cólera
y le da un golpe.

Mis soldados mutilados con pinzas
o quemados con el encendedor
que tomo a escondidas,
me miran, pidiéndome crecer.
En la cocina,

las lágrimas de mi madre
son un pañuelo blanco
que ignoramos siempre.

LIBRO PARA ILUMINAR

Por toda la casa
los crayones negros
colorean al niño.

LÁMPARA

Mis manos son un niño asustado,
un jugador arrodillado,
un hombre amarrado al árbol,
un pájaro huyendo de su jaula.

Abro las sombras de mis manos sobre la pared. Desde la penumbra,
mi madre, desconcertada, me mira jugar.

JUEGOS FAMILIARES

ÚTERO

Madre,
te escucho llorar
y fumar frente al tocador.
Esperas a mi padre
porque es viernes
y la bebida
es mejor compañera que tú,
que nosotros.
Siento tus manos a través de tu piel,
debajo de tus senos,
donde aún estoy,
acordonado.

BAUTIZO

Alguien murió cuando nací:

creyeron que sería niña.

Al verme varón me eligieron un nombre,

mi madre escogió uno,

mi padre se rehusó.

Fui el nombre que soy

partido en dos

desde el principio.

LO APRENDIDO

Mis hermanos no crían hijos
ni tienen fuerzas
para golpear a otro hombre
o para insultar a sus enemigos.
Temerosos,
comen de la comida de mi padre.
Acostados,
beben de la tristeza de mi madre.

EL TÍO JORGE

Duerme, enfermo y solo,
en el último cuarto de la casa de mi abuelo.

Antes del sida
la familia
fue la primera enfermedad que tuvo.
La que lo mató primero.

Piernas de locas lo cabalgaron
noches enteras. Y el *potro del alcohol*
lo arrastró
al sabor a fierro de las mañanas.
Su ano: trinchera
de soldados y motociclistas.

FAMILIA DE ARTISTAS

Mi hermano quiere ser pintor,
pero no tiene talento.
Rotula tiendas y bardas,
inhala solventes,
se pinta por dentro una ciudad
habitada por desilusionados.

TÍTERES

Rebeldes, en un instante de voluntad,
mis hermanos cortan sus hilos y caen al suelo
ante la mirada burlona de mi padre.
Él sabe que al verse inútiles y torpes,
volverán a colgarse a sus ágiles dedos.
Resignados, necesitados,
unen sus hilos. Cuelgan otra vez
y mi padre los mueve, contento,
por toda la casa.

L. B. JEFFERIES

En el árbol,
el melancólico anuda su sogá.
En el tocador,
la vanidosa pinta a su novia.
Sobre la cama,
la triste dibuja pájaros en jaulas.
En la cocina,
el iracundo latiguea los vasos.
En el patio trasero,
el último de la tribu,
recorre su jaula.

NOTICIA

Mis hermanas me dejaron solo
y a su regreso
me encontraron en el suelo.

Tenía seis meses de edad
y había caído de la litera.

Me lo cuentan ahora
que es martes
y murió un familiar
accidentado.

LA HIJA PRÓDIGA

Una camisa de fuerza
te espera en el perchero
de la casa abandonada.

MANTIS

Mis hermanas sufren.
Ignorantes y sumisas,
no saben que es fácil
devorar al macho.

ABUELO PATERNO

El tequila no cura el cáncer,
tampoco los doctores, nadie.
Tus demás hijos se negaron,
mi padre, en cambio, te compró botellas.

Fue la tierra, la grava de tu camión,
esa arcilla que cimentó hogares
y al mismo tiempo alzó
la enfermedad en tu garganta.

Hoy la tierra cae violenta sobre tu ataúd.
Los llantos y las palas
suenan a tus regaños,
a tus consejos para ser un buen hombre.

Soy el último en arrastrar la cadena,
la rompo mientras te hunden
y dejo mi sombra sobre tu caja.
En mis ojos no hay agua
sino la misma tierra que te mató.

LA MERIENDA

-Pero yo no quiero andar entre locos- observó Alicia.

-¡Ah!, no podrás evitarlo-dijo el Gato:- aquí estamos todos locos.

Yo estoy loco. Tú estás loca.

-¿Cómo sabes que yo estoy loca?- dijo Alicia.

- Tienes que estarlo- dijo el Gato- o no habrías acudido aquí.

Lewis Carroll, en *Alicia en el país de las maravillas*

La mesa está puesta:

María habla de las cuentas de mi padre,

come un pedazo de muslo rodeado de moscas,

dice que el peor dinero es el que se hace de buena manera,

que siempre llega de más pero con maldiciones y conjuros;

cree que las monedas que lleva la familia en los bolsillos

fueron hechas por manos de negros en una isla donde nunca amanece,
-una fábrica oscura-, balbucea.

Horacio se queja de los regalos que le compra a su cuarta hija:
vestidos de segunda mano, muñecas con las piernas rotas,
bicicletas oxidadas. Aretes que se caen a mitad de la fiesta.
Escupe saliva envinada, injuria las horas de su trabajo.

José, el más grande, es torpe con la voz,
mira y sentencia, dirige con los brazos, abofetea las sillas.
Habla sólo para sí mismo. Su voz: cadáver en su garganta, comida de gusanos
silenciosos. Su voz, grito de un mudo.

*Mi padre se puso el traje de las fiestas: un pantalón del color de un incendio de aves, una camisa
blanca para mancharse de sangre y saliva, una corbata azul con su inicial en el nudo: "J", vaselina
en el pelo. Se rasuró las cejas y la barba. Maquilló la cicatriz de su pecho: nació con la marca de los
que ignoran la sangre de sus hijos.*

Andrea enjuaga los vasos con los pies descalzos
entre cucarachas y grumos de jabón que se caen al piso.

Alejandro sirve la comida y vierte el agua en vasos sucios.

Sofía usa tenedores para comer la sopa
y repite lo que decimos, burlándose.

Mónica patalea debajo de la mesa
porque continúa con hambre
y no logra masticar los huesos,
su padre la mira orgulloso
y la calma con otro pedazo de muslo.

*La casa de mi madre cuando era niña fue un pozo sin cuerda, mi abuelo la oscurecía con las
madrugadas de sus ojos: en la pupila izquierda las noches más oscuras, en la derecha las cantinas
sin luz.*

Luis sorbe la grasa de su plato, lo tira
y me pregunta una adivinanza que no sé resolver.

*Mi madre se ha puesto el vestido con el que se casó, ha cantado todo el día el estribillo con el que se
enamorado de mi padre. Ayer soñó que le acariciaba el pelo frente al mar. Pintó sus uñas de rojo y, al
rezar por la mañana, puso debajo de su lengua una perla del primer collar que le regaló.*

Sansón, el perro de la familia, baila un ataque de epilepsia,
pero nadie deja de hablar y deglutir;
Rodrigo rasca las costras de sus rodillas y las pone sobre la mesa.

Mi madre cocinó el platillo principal pensando en sus dos abortos.

Jalamos, desde el asiento de cada uno, la cuerda con la que intentamos matar al otro.

Nadie lo sabe pero mi padre nos ha juntado para decirnos que se va a morir, nadie lo sospecha porque todo ha sido igual, porque mi madre se ha puesto el vestido de las fiestas, porque mi padre se ha puesto la corbata que le gusta.

La sombra de un buitre obscurece la casa, lo miro cada domingo.

Esta noche mi padre nos dirá
que su corazón es un cristo
que se cae de una pared
de un cuarto de mármol
a las tres de la mañana
y en cualquier momento,
en el siguiente golpe,
la casa, junto con él,

sufrirá un infarto.

Las lágrimas de mis hermanas serán el sudor de sus culpas y no el llanto.

Los brazos de mis hermanos serán una trampa a mitad de la selva.

En cualquier momento,

en el siguiente golpe,

la casa, junto con él,

sufrirá un infarto.

No estaré cuando lo diga,

me habré ido a buscar la sangre

que nunca encontré en sus venas de tigre.

DOS SENTENCIAS DEL BENJAMÍN BÍBLICO

I

Mira tu voz que se apaga,
tus ojos perdidos
frente a la reconstrucción de tu historia:
la mirada violenta del desengañado.

II

Naciste con dolor,
buscarás filos

PERMANENCIA VOLUNTARIA

Parecido a los ojos del ciego,
deslumbrados por primera vez
tras la operación que los curó,
mi vista lo descubre todo:
la lámpara ensombrece las discusiones
y alumbra cada músculo de los muebles.
El gato en mis piernas
y en su lomo el motor de la casa en calma.
Son las once y miro la primera película.

Permaneceré despierto hasta las seis
viviendo la vida de otros.
El amanecer será una escena fraternal:
escucharé a mi familia levantarse
y sin saludo alguno iré a mi cuarto
y cerraré los ojos.
Mi gato recorrerá las azoteas.

MIS HERMANOS LEEN ESTE LIBRO

Lo cierran. Mi armadura yace dentro,
abollada, violentada.

El resto lee sangre seca.

OJERA

El signo debajo de mis ojos:
señal de la impaciencia que se teje
horas antes de enfrentar el día.

RELÁMPAGO NOCTURNO

La fotografía
del negro demonio
que me capturó.

DEPRESIVO AL ALBA

Las avispas vienen de nuevo,
vuelan sobre la autopista.
La muerte barre la calle
y silba una canción alegre que me entristece.
Froto con la yema de mis dedos la pastilla,
al mismo tiempo que miro
el logotipo de la clínica
impreso en la receta blanquiazul.
Busco, sin éxito, la fuerza en mis piernas,
el peine, la pasta dental, el espejo.
Espero la absorción del fármaco,
la aparición de la carne en los huesos
de la mujer que barre.
Pasada media hora le crecen
pedazos de carne por todo el cuerpo
y una avispa se detiene a su lado,

zumba el claxon, tercera llamada
de esta selva que se abre
a pesar de mi condición
de tigre enfermo.

EL ENCIERRO

No sirve de nada abrir la puerta
cuando el mundo es un candado
del que perdí la llave y el recuerdo
de haberla perdido.

Afuera las personas lastiman,
se humillan entre sí,
esperan la caída del siguiente
para burlarse.

Encerrarse es matar a los demás,
sobrevivir a ellos,
ganar, aunque no lo parezca, la vida.

LOS AÑOS MOZOS

*Antaño, si mal no recuerdo, mi vida era un festín
donde se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían.*

Rimbaud

Mi juventud, si mal no recuerdo,
era la mirada de un policía
en el fondo de la boca de una avenida,
vaciando mis bolsillos
en busca de droga y no encontró
más que soledad y un juego de llaves
que habían abierto el tiempo
de la casa de mis padres
y la soledad de dos mujeres.

Mi juventud, si mal no recuerdo,
era la mirada de un gato negro,
al que le puse nombre, voz,
y un pasado como el mío.
Vivió, como yo, en tres hogares;
su cuerpo crecía conforme a mis años,
mi cola detenía las puertas de los bares,
sus uñas de hombre rascaban las paredes.

Mi juventud, si mal no recuerdo,
me abandonó en un hospital.
Psiquiatras, médicos
y una breve procesión familiar
acompañó mi cuerpo
a la sala de urgencias.
Allí donde esperan los indecisos
seguir con vida
o acariciar la mano de la muerte.

Mi juventud murió, pero yo no.
El blanco de las paredes de mis ojos,
un casi invisible túnel

en cada una de mis muñecas,
dejó entrar vitaminas y otros engaños
a cada uno de mis neurotransmisores.
Desperté. Había fallado.

Dicen, que intentar lleva
conscientemente
la posibilidad de errar y advertir,
exhibirse. Lo había logrado:
giré la cabeza
y mi padre dormía en ángulos
en el sillón que hay
como el que hay
en todo cuarto de hospital.
Catéteres, bolsas con soluciones.

Recuerdo, antes de la calma del sueño,
a una enfermera con el rostro
de la mujer que amaba:
¿qué le pasó?, me dijo,
el amor, contesté.
Supe, por el olor,

que me encontraba prisionero
-y sin fuerza para escapar-
en el lugar en el que me harían
recuperar mi dolor.

BITRES

Lectores:

la carroña
es para ustedes.

El manjar
es para mí.

Me alimento
del cuerpo de la familia;
caliente aún,
lo muerdo: escribo
el otro cuerpo.

Ustedes vienen a leerlo
poco antes
de su descomposición.

Ya huelen el final,
ya sobrevuelan
este poema.

Benjamín de Luis Enrique Aguirre, editado por Maquillaje beat, se terminó de digitalizar y subir a la nube en octubre del 2015 en Querétaro, México. Su descarga es gratuita y sin fines de lucro.

